



Llegado el día siguiente, y la hora de salir á paseo, fueron Herman y sus cuatro hijos á buscar al señor cura, á quien hallaron como á mitad del camino entre la aldea y el cortijo; convinose en que el paseo de aquella tar-

de fuese hácia casa del señor cura, en donde dijo, tenia que manifestarles una cosa, que sabia verian con placer.

Mientras llegaban, preguntó Adelaida al señor cura, como habia sentado á los filisteos la pesada chanza de las zorras.

Tan mal, respondió el señor cura, que no pudiendo vengarse de Samson, incendiaron la casa y familia de su suegro, cuya imprudencia habia ocasionado aquella calamidad. Digeron luego á Samson, que ya estaba vengado y que suponian no tendria ya motivo alguno de queja ó enemistad. Todavía, contestó Samson,

medito contra vosotros un golpe formidable, despues del cual, si me dejais en paz, quedare quieto y no os incomodaré jamas. Ignorase cual seria la plaga con que hirió Samson de nuevo á los filisteos, solo se sabe que los dejó en una especie de estolidez, de la que les costó mucho trabajo volver ensi. Temió Samson el enojo de los filisteos, y se escondió en una cueva. Acudieron armados los filisteos á pedir á los hebreos les entregasen la persona de Samson, amenazandoles de lo contrario con hacerles nueva guerra mas cruel que todas las anteriores.

Intimidados los hebreos se presentaron á Samson, quien no queriendo valerse de sus fuerzas contra sus hermanos, se dejó prender y atar; pero tan pronto como llegaron los filisteos, rompió las ataduras y, tomando una quijada de jumento, sacudió tantos y tan fuertes golpes sobre sus enemigos que en poco rato dejó muertos á mas de mil filisteos. Decayeron estos de ánimo, y desconfiaron de poder prevalecer contra Samson por la violencia; y así trataron de sorprenderle con engañosos artificios. Pero ni aun estos hubieran sido suficientes á no haberle dominado una muger,

que siendo la depositaria de sus secretos, los reveló á los filisteos. Hallabase en una ocasion Samson en casa de esta cortesana; avisados los filisteos, cerraron inmediatamente las puertas de la ciudad para que no pudiese salir: llegó Samson á las puertas y, encontrandolas cerradas, las arrancó y cargandolas sobre sus hombros las llevó á un montecito inmediato. Con ruegos é instancias logró la cortesana que Samson le declarase, que toda su fuerza consistia en la longitud de sus cabellos, y aprovechando una ocasion en que Samson se quedó dormido, le cortó las siete trenzas que pen-

dian de su cabeza, é inmediatamente le tiró al suelo con desprecio, diciendo: despierta Samson, que te prenden tus enemigos. Al despertar Samson se halló sin fuerzas y en poder de sus enemigos. No le quitaron por entonces la vida; pero le sacaron los ojos, y le ocuparon en dar vueltas á una piedra de tahona. Pasado algun tiempo le llevaron á un templo en donde se habia de celebrar una gran festividad al ídolo Dagon. El obgeto con que le llevaron fue el esponerle á la irrisión pública; pero él, asiendose á una de las columnas principales del templo, la sacudió tan fuer-

temente, que todo el edificio se vino á tierra, dejando sepultados en sus escombros al mismo Samson con mas de tres mil filisteos.

Con esto llegaron á la casa y aposento del señor cura y al momento le registraron los niños con la vista, ansiosos de descubrir la cosa que les habia dicho el señor cura verian con sumo placer. Pero nada descubrieron en todo el aposento que no hubieran visto ya otras veces; Adelaida juzgó seria alguna flor del jardinito, y con el obgeto de satisfacer cuanto antes su curiosidad, dijo que ya que no disfrutaban en esta tarde del campo, cuando menos seria bueno

bajasen al jardin, para recibir en el la acostumbrada instruccion. No pareció mal la proposicion de Adelaida, y bajaron todos al jardin, si es que tal nombre puede darse á un corral con cuatro árboles y una gran parra al rededor. Tampoco aqui descubrieron cosa alguna que pudiese ser el motivo de haberles traído á la aldea. No tuvieron, pues, que hacer sino esperar, y oír al señor cura que comenzó á hablarles de esta manera.

Imposible ha parecido haver tarde á Fernandito que pudieran ser premiados ó castigados los hombres despues de la muerte,

cuando se convierten todos en polvo y son comidos de los gusanos. Y todo el apuro de Fernandito consiste en que no distinga en el hombre mas que el cuerpo, lo material, es decir, lo que se puede ver, oír y tocar.

Ni yo tampoco, dijo Cárlos, distingo en el hombre otra cosa: siempre he oído que el hombre se compone de alma y cuerpo, y será así; pero nunca se ve otra cosa que el cuerpo.

¿Y cómo quieres que se vea el alma que es puro espíritu? preguntó á Cárlos el señor cura.

Y si no se vé ¿cómo se puede

asegurar que existe? respondió
Cárlitos.

Muy bien, continuó el señor
cura, si observamos que el hom-
bre egecuta ciertas operaciones
que de ninguna manera pudiera
egecutar, siendo pura materia;
esto es, sino hubiera en el otra
cosa que el cuerpo, que vemos y
tocamos. Yo me acuerdo de ha-
ber oido contar á tu papá que,
cuando os llevó á Barcelona, y
viste los cabezudos y gigantes,
de ningun modo pudieron enga-
ñarte, y hacerte creer que anda-
ban por si solos; y á pesar de
que nada se descubria del hom-
bre que los llevaba, no hubo

quien pudiera quitarte de la cabeza que alguien les daba movimiento: ¿cómo fue, pues, que á pesar de los pocos años que entonces tenias, conociste que alguien debia ir dentro de los cabezudos y gigantes?

Toma, respondió Cárlos, porque yo veia que los gigantes y cabezudos no eran sino carton y madera ¿y cómo siendo carton y madera habian de moverse por si solos?

Olá! prosiguió el señor cura, con que desde que viste en los cabezudos y gigantes movimientos superiores á los que pueden hacer el carton y la madera, te

persuadiste, que alli no era todo carton y madera, como aparecia; sino que alguien debia haber alli dentro, que fuese la causa de aquellos movimientos. Pues lo mismo es menester discurrir respecto del hombre. Vemos en el ciertas operaciones, que el cuerpo solo no puede egecutar, y esto basta para que nos persuadamos que en el hombre no todo es cuerpo y carne, como aparece, sino que alguna otra cosa hay dentro de el, que sea causa de las operaciones que el cuerpo solo no puede egecutar.

Y ¿qué operaciones son, preguntó Adelaida, las que no pu-

diera ejecutar el hombre, si fuera pura materia?

No pudiera, contestó el párroco, pensar, discurrir ó racionar, así como no piensa, raciona y discurre un pedazo de madera ú otra cualquiera materia.

Es menester, pues, conocer en el hombre la existencia de un ser de naturaleza diferente, que piense, discurra y racione; este ser es el que llamamos alma. Y volviendo á la observacion que hizo ayer tarde Fernandito, dígoles que lo que en el hombre se convierte en tierra y es comido de los gusanos, no es sino el cuerpo; el al-

ma no se destruye, eternamente vive, y viviendo eternamente, ya ves, querido Fernando, como puede muy bien ser premiada ó castigada por toda una eternidad.

Y los animales ¿tienen tambien alma? preguntó Enrique al señor cura.

No, hijo mio, le respondió el párroco; ó si la tienen, es muy inferior á la del hombre; porque no discurren, ni racionan; obran siempre maquinalmente, y como de rutina; jamas los hijos hacen sino lo que vieron hacer á sus padres; nunca inventan cosas nuevas, ni dan mayor perfeccion á

las inventadas anteriormente. Lo mismo hacen hoy dia las abejas sus panales, que las que vivieron hace mil años; iguales son los nidos, que hacen los pájaros en este año, con los que hicieron en el primer año que los pájaros criaron, y lo mismo pudiera decirse de todas las obras de los animales.

Papá, dijo Enrique, yo me acuerdo que el año pasado cuando hubo en casa soldados, uno que llamaban sargento dijo en la cocina que los hombres y los animales eran de la misma especie, y que no habia mas diferencia que en tener los hombres los

sentidos mas finos y delicados que el resto de los animales; y aun nombró un animal que apenas se diferencia del hombre, si es como él le llevaba pintado en un librito, con otras varias figuras, que escondieron cuando bajó el señor Zenon.

No me sorprenden, contestó el cura, esas necesidades de los soldados; pues tengo oídas de ellos muchas vaciedades de esa especie. Por eso no me canso de encargar á los padres y madres en mi parroquia, no permitan que sus hijos tengan el mas pequeño trato con los alojados; pues aunque entre ellos, suele haber-

los muy hombres de bien y honrados, los hay tambien de malas ideas y relajadas costumbres; y mientras no se conocen vale mas evitar la compañía, aun de los que son buenos, que el esponerse á contaminarse con los malos.

Y para que vea Enrique cuan grande falsedad es lo que dijo el sargento, no tiene sino ver que ninguno de los animales, por listos y espeditos que parezcan, inventa jamas cosa alguna, ni perfecciona las ya inventadas; ademas ninguno de ellos tiene un language, ó sea un sistema completo de signos para mani-

festar sus pensamientos , y ninguno hay cuya hermosura y gallardía pueda compararse con la del hombre. El animal que mas se aproxima al hombre , y del que hablaría sin duda el sargento , es el *Oran gutan*: animal que hoy mismo pienso veáis , pues con este motivo os he hecho venir. Un caballero ingles que se halla de paso en esta aldea trae uno , y supongo no tendrá el menor inconveniente en que le veamos. Vereis como su figura es ignoble y su presencia sucia y asquerosa.

Bien queria el Párroco detenerse en hacer ver la inmensa

distancia que hay del *Oran gutan* al hombre, pero conoció que los niños estaban impacientes por ver al animal, y así sin perder tiempo los llevó á la posada, donde el Ingles estaba hospedado. Recibiéndolos este muy cortesmente, y enterado del obgeto con que venian, pasaron al cuarto en donde tenia al *Oran-gutan* que estaba durmiendo. Al momento que le llamó su amo, se levantó; pero no se puso de pie hasta que su amo le alargó un baston, con el cual se puso ni mas ni menos que como representa la figura siguiente.



La vista de este animal verdaderamente raro gustó á los niños menos á Fernandito que le tuvo miedo, y no hizo sino agarrarse á la sotana del señor cura, y tirar de ella para que se fuesen de allí cuanto antes.

Señor cura, preguntó al salir Enrique, ¿hacen daño estos animales?

Son muy tímidos, respondió el cura, y jamás hacen daño, sino es para defenderse.

¿Y tienen alguna habilidad especial? preguntó Adelaida.

—Ninguna, á no ser para andar de pie y subir á los árboles. Por lo demás son animales muy

sosos; y segun aseguran los que los tienen bien observados, nada hacen que no sea capaz de hacer un perro bien enseñado.

Y de que se mantienen estos animales? preguntó Cárlitos?

— De frutas y yerbas, verdes y secas. Los domésticos suelen comer pan y vizcochos; pero ni estos, ni los del campo prueban jamas la carne. Para dormir se suben á los árboles, temerosos de que se les sorprenda mientras duermen.

Veo, dijo Adelaida que tenia razon el sargento en decir que apenas se diferencia el Orang-utan del hombre.

En lo exterior así es, respondió el señor cura; aunque observado con detencion no deja de verse muy notable diferencia.

El Orang-utan difiere del hombre á lo exterior en la nariz, que no es prominente; en la frente, que es demasiado corta; en la barba, que no es elevada en su base; en las orejas, proporcionalmente demasiado grandes. en los ojos, demasiado cercanos uno á otro; y en el intervalo que hay entre la nariz y la boca, el cual es de demasiada estension: estas son las únicas diferencias que hay entre la faz del Orang-utan y el rostro del hombre. El cuerpo y los

miembros difieren en que los muslos son relativamente demasiado cortos, los brazos muy largos, los pulgares demasiado pequeños, las palmas de las manos demasiado largas y estrechas, y los pies formados mas bien como manos, que como pies de hombre.

Observaron al salir de la posada que el tiempo habia cambiado: el cielo estaba cargado de nubes y amenazaba con una copiosa lluvia; por lo que, despidiendose Herman y sus hijos del señor cura, trataron de volver cuanto antes al cortijo. Quiso por el camino Herman robus-

tecer la doctrina que acerca de la superioridad del hombre sobre los demas animales, acababan de oir sus hijos al señor cura, y les habló de esta manera.

Yo creo, Enrique mio, que si en otra cualquiera ocasion vertiese alguno en tu presencia doctrinas tan infundadas y tan depresivas de la dignidad del hombre, como las que oiste á los soldados, sabrás despreciarlas como tales necedades se merecen, y un me lo dirás inmediatamente para disiparte los errores que, á causa de tu poca edad y reflexion, hayan podido difundir en tu entendimiento.

Así lo haré, papá; ni piense V. que yo di crédito á lo que dijo el sargento; lo oí, y como suele decirse, me entró por un oído, y me salió por el otro. Yo no podré olvidar que en el catecismo se me ha enseñado, que Dios ha criado todos los animales para el servicio y utilidad del hombre, y esto basta para reconocer en nosotros gran superioridad sobre todos los animales.

Papá, preguntó Fernandito, y ¿quién puede asegurarnos que Dios ha criado todas las cosas para la utilidad y servicio del hombre?

—El mismo Dios. La sagrada

Escritura, libro inspirado por el mismo Dios, nos dice en uno de sus primeros capitulos que Dios, despues de haber criado la tierra con todas las plantas que ella produce, y con todos los animales que en ella habitan, crió al hombre para que sobre todo mandase, y de todas aquellas cosas se sirviese. Y ya que hablamos de la creacion, no quiero dejar de advertiros, que la creacion del hombre no se hizo de la misma manera que la de las demas criaturas, á las que Dios sacó enteramente de la nada. Despues de haber criado Dios todas las cosas, dice la Sagrada Es-

critura, que Dios dijo: *hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza*, é inmediatamente formó un cuerpo del cieno de la la tierra, y le inspiró un soplo ó espíritu de vida.

Ved aquí, hijos míos, continuó Herman, la creacion del alma del hombre: y no una alma cualquiera, sino una alma espiritual, una alma semejante al mismo Dios, en cuanto asemejarse pueden las criaturas á su criador. Y me parece, querido Fernando, que, aun cuando el mismo Dios no se hubiera dignado manifestar tan terminantemente el dominio y superioridad, que al hombre

daba sobre todos los demas animales, no por esto pudieramos ignorarlo, si contemplamos las inmensas ventajas que el hombre tiene, sobre los animales irracionales. ¿Cuántos hay entre estos que superan al hombre en fuerzas y agilidad? y con todo eso el hombre á todos los captura, á todos los doma, y los hace servir á sus fines particulares. El leon, el tigre y cuantos animales pueden competir con estos en bravura y fiereza, se han visto subyugados y amansados por insignes domadores, que han tenido bastante resolucion, para medir sus fuerzas con tan formidables

animales. Verdad es que estos domadores suelen á veces pagar á muy caro precio sus travesuras ; un domador de fieras hubo hace pocos años en Paris que , entre otras habilidades que hacia , solia meter su cabeza dentro de la boca de un disforme leon ; hacia esto una noche en el teatro á vista de una numerosa concurrencia ; y el animal cerró la boca , y se quedó con la cabeza del hombre entre los dientes. Algunos chascos de estos suelen suceder á los tales domadores ; pero esto no es porque no superen á los animales , sino porque quieren hacer alarde de su habilidad

con esperiencias imprudentes y peligrosas. Por lo demas ved como el hombre sabe sacar provecho de todos los animales.

En esto llegaron á casa á tiempo que ya empezaba á llover; parecia que les faltaba tiempo para decir á Casilda la extraña figura del animal que acababan de ver.

Continuaba cayendo lluvia en abundancia cuando los niños se retiraron á la cama. Esto les hizo creer que el ingles retardaria su partida, y podrian todavia volver a ver mas despacio al Orangutan, y aun hacian ánimo de llevar al *valiente*, que esta tarde

habia quedado en casa, para ver si temia, ó era temido del Orangutan.

Mientras en esto pensaban los niños, Herman decia á Casilda lo ocurrido con los soldados, y uno y otra pensaban tomar las mayores precauciones para evitar que los niños volviesen á tener el menor trato con los alojados.

Serian ya como las diez de la noche cuando los ladridos del *valiente* despertaron á los niños, recién dormidos, y advirtieron, ademas ruido y movimiento en la casa, que no sabian á que atribuir; ni lo supieron hasta la mañana siguiente.